

Conferencia del 21 de noviembre de 2002

Los niños esclavos invisibles en Haití

Jean-Robert CADET

¡Buenas noches, señoras y caballeros!

A finales del siglo XVIII, los esclavos africanos de la isla Hispaniola se sublevaron contra sus amos franceses y obtuvieron finalmente su independencia en 1804. Llamaron a su nuevo país Haití y establecieron su nuevo gobierno reproduciendo exactamente el modelo del que les había subyugado durante más de dos siglos. La elite haitiana que deseaba disfrutar de la misma vida privilegiada que sus antiguos amos franceses, llevaron a sus hogares a los hijos de las familias muy pobres, para que se ocuparan del trabajo doméstico, y les llamaron “Reste-Avec”, que significa “quedarse con”.

Los restavecs son hijos de familias rurales pobres, entregados por sus padres a las familias más favorecidas con la esperanza de que sus hijos saldrán de la pobreza al recibir una educación. Sin embargo, la realidad es muy distinta. Los niños se convierten en esclavos y pasan su edad escolar lejos de sus padres, sin recibir afecto ni cuidados, y de sus hermanos y hermanas, privados de una educación y obligados a trabajar largas jornadas sin remuneración y en unas condiciones de vida muy inferiores a las de su “familia anfitriona”. Los niños esclavos deben acatar las órdenes de sus amos, y son amenazados constantemente con castigos físicos y verbales, a menudo inflingidos de forma rutinaria por cualquier miembro de la familia. Si una niña se queda embarazada, lo más frecuente es que se la eche y, cuando se le permite quedarse en la casa, sus hijos probablemente se conviertan en una segunda generación de restavecs.

Cualquiera de ustedes puede viajar a Haití y llevarse a un niño a su casa. Lo único que necesita es encontrar una familia con demasiadas bocas que alimentar y prometer a la misma que su hijo asistirá a la escuela, y el niño es suyo. Puede tratarle del mismo modo que los colonos franceses trataron a los esclavos. No tiene que aceptarle como miembro de la familia, ni aprender su nombre, ni enviarle a la escuela, ni asegurarle atención de salud, ni comprarle ropa, ni ser cariñoso, ni tratarle como un ser humano. Puede obligarle a dormir fuera, torturarlo hasta la muerte y arrojar su cuerpo a la basura. Nadie le preguntará nada y no se emprenderá ninguna investigación oficial para averiguar la causa de su fallecimiento. De hecho, los mismos látigos especiales que se fabricaban para torturar a los esclavos en el siglo XVIII pueden comprarse actualmente en las calles de Port-au-Prince para torturar a los niños sometidos a la esclavitud doméstica. Esta práctica vulnera la Constitución de Haití, la Convención sobre los Derechos del Niño, aprobada por la Asamblea General de Naciones Unidas en 1989, y el Convenio (núm. 182) de la OIT sobre las peores formas del trabajo infantil, 1999.

La exclusión es una de las peores formas del abuso de los niños esclavos en Haití. Deben poner la mesa para comidas que no pueden compartir, buscar agua que no pueden utilizar para

su propias necesidades, se les niega atención médica cuando enferman, se les prohíbe hablar salvo que se les dirija la palabra, y deben permanecer fuera de la casa cuando los adultos están dentro. Si bien se obliga a los niños esclavos a ser invisibles, éstos deben permanecer al alcance de la voz de sus amos. De lo contrario, se les castiga físicamente sin piedad. Esta experiencia me provocó pesadillas durante toda mi infancia y sigue persiguiéndome hasta el día de hoy.

Cuando era un niño restavec en Haití, los adultos se instalaban por la noche en el salón y yo iba detrás de la casa para ver la televisión a través de la alambra de la ventana, subido a un bloque de cemento en la oscuridad, mientras que mis piernas y brazos desnudos servían de festín a los mosquitos. Debía mantenerme al alcance de las voces de los adultos, por si deseaban que les sirviera una bebida fresca del frigorífico que se hallaba cerca de ellos. Entonces, desaparecía de su vista hasta que iban a dormir, disponía mi ropa de cama debajo de la mesa de la cocina y me levantaba el primero de todos.

Actualmente, en el año 2002, en las calles de Port-au-Prince puede verse todas las mañanas a niños harapientos llevando de la mano a niños con uniformes flamantes al cruzar la calle. Los primeros son restavecs que deben retomar sus obligaciones como esclavos domésticos tras acompañar a los hijos de sus amos a la escuela.

Esta exclusión diaria de la vida comunitaria o familiar generalmente no deja cicatrices visibles, pero el trauma perdura toda la vida. Con demasiada frecuencia, los niños son víctimas de la práctica abusiva e institucionalizada de la esclavitud doméstica. Al negarse a los mismos la mayoría de sus derechos fundamentales –al amor y la protección de la familia, la salud y la educación–, los restavecs son niños invisibles; se limitan a observar, en lugar de participar en su propia sociedad.

Mi día como niño esclavo en Port-au-Prince comenzaba a las cinco y media de la mañana y finalizaba cuando el último adulto se había ido a dormir. Tenía que barrer el patio, regar las plantas, llenar la bañera para cada miembro de la familia, vaciar y lavar los orinales, lavar a mano los pañales, hervir los biberones, lavar el coche dos veces al día, quitar el polvo todos los días, servir las bebidas en el porche por la noche, lavar los pies a mis amos todas las noches, hacer los recados, lavar a mano las toallas higiénicas femeninas todos los meses, ir lejos a buscar agua, trabajar para los amigos de la familia a quienes “me prestaban”, y hacer mi propia comida. Trabajaba siete días a la semana sin remuneración ni tiempo para jugar. También fui excluido de todas las actividades familiares, como comidas, cumpleaños, asistir a la escuela y a la iglesia, la celebración del Día de la Madre, Navidades y Año Nuevo, bodas, primeras comuniones e incluso funerales. No podía hablar a menos que me dirigieran la palabra. Por cualquier infracción menor, como no responder lo suficientemente rápido cuando me llamaban, me golpeaban sin piedad. Al igual que todos los niños restavec, me limitaba a observar, en lugar de participar en mi sociedad y cultura haitianas.

Mi llegada a Estados Unidos se debió únicamente a un golpe de suerte. En 1970, la familia que me poseía se trasladó a Estados Unidos y más tarde mandó buscarme para que les sirviera en su nuevo país al igual que en Haití. Compraron mi certificado de nacimiento en el mercado negro y, para engañar a las autoridades de inmigración estadounidenses, figuraba en el mismo como el hijo de mi amo.

En Nueva York, mi situación mejoró considerablemente. Mis amos se aseguraron que llevara zapatos y ropa limpia para ocultar que vivía con ellos en calidad de niño esclavo. Sin

embargo, me obligaban a dirigirme a todos como Monsieur, Madame y Mademoiselle, para que no olvidara mi condición de restavec. Ya no tenía que lavarles los pies, buscar agua o lavar a mano toallas higiénicas femeninas todos los meses. Pero mis tareas seguían incluyendo fregar platos, limpiar la casa, poner la mesa, cuidar a tres niños y lavar el coche.

Un día, un amigo de la familia que me conoció en Haití, vino a visitar a la misma y le dijo que no enviar a un menor a la escuela era ilegal en Estados Unidos, por lo que me llevaron a Spring Valley High School en Nueva York y me inscribieron en el noveno curso. Tenía casi 16 años y mi educación era equivalente a la de un niño del tercer curso, además de no dominar el inglés.

Cuando la familia comprendió que sus hijos y yo iríamos a la misma escuela, me echaron de casa y tuve que valerme por mí mismo. Sin embargo, al asistir a la escuela, participar en actividades extraescolares y comer en la cafetería con los compañeros, llegué a formar parte integrante de la sociedad americana. Por primera vez en mi vida pude expresar mis necesidades, sentimientos y opiniones.

Tras cuatro años de escuela secundaria, obtuve mi certificado y me alisté en el Ejército de los Estados Unidos tres años. Cursé entonces estudios universitarios y escribí después mi autobiografía titulada “Restavec”, simplemente para crear conciencia a nivel internacional sobre la situación desesperada en que se hallan más de 300.000 niños esclavos.

A primera vista, nadie diría que no he tenido una infancia. Me la robaron con la complicidad de la esclavitud doméstica institucionalizada en Haití. Y como nunca podré recuperarla, sentiré su ausencia el resto de mi vida. Para que se hagan una idea de lo que supone no haber disfrutado de la niñez, permítanme leerles algunos fragmentos del prólogo de mi libro que escribió mi mujer Cindy:

“La historia real de mi marido me persigue días y noches. Yo no fui testigo de las circunstancias de su nacimiento, de los horrores que marcaron su infancia, ni de su integración surrealista en la sociedad americana, que constituye la base de sus memorias, pero estoy a su lado todas las noches cuando duerme. Y cuando su sueño es agitado –cuando su respiración es entrecortada, cuando ahoga un grito, o cuando sus brazos tiemblan o mueve violentamente las piernas- entonces comprendo que su pasado se cierne sobre nosotros una vez más”.

Hace cuatro meses, cuando viajé a Haití para distribuir ropa a niños de la calle que en su día fueron esclavos, un conocido haitiano me invitó a pasar un fin de semana en la casa de su familia. Era una casa de dos pisos de ladrillo blanco y amarillo, situada en un barrio residencial de Port-au-Prince, protegida por un muro de más de dos metros, con una impresionante puerta roja de hierro. Mi sueño es ligero y me desperté con el canto de los gallos a las cuatro de la mañana del día siguiente. Me volví a dormir y abrí de nuevo los ojos, ya de día, al despertarme un ruido procedente del patio. Eran las seis menos cuarto. Salté de la cama y miré abajo desde el balcón. Era Celita, que barría el patio de cemento con un gran cepillo. Todos los demás aún dormían.

Celita era una niña esclava de once años, que había vivido con la familia durante los últimos dos años. Su madre, que vivía en el campo, había entregado su hija a la misma, al no poder ofrecerle los cuidados que un niño requiere, es decir, tres comidas al día y una escuela

decente. Celita iba vestida con una camisa sin mangas y una falda demasiado grandes para ella y, cada vez que se inclinaba, podían verse sus pechos en ciernes.

Limpiaba los excrementos del perro, fregaba el patio con cubos de agua y lo secaba después con una gran escobilla de goma. Luego subía una y otra vez las escaleras con cubos de agua para vaciar los inodoros y llenar las bañeras. Después de haberse bañado cada uno de los adultos y un niño, ponía la mesa e iba a la panadería, mientras el cocinero preparaba el desayuno. Cuando la familia comía, Celita se mantenía cerca de la puerta con las manos detrás de la espalda, esperando órdenes para acercar la mantequilla, el azúcar, la sal o todo lo que la familia no quisiera alcanzar por sí sola. Después del desayuno, Celita quitaba la mesa y comía los restos sentada en un bloque de cemento cerca de la gran puerta de hierro. Luego fregaba los platos y subía a las habitaciones para hacer las camas, quitar el polvo y pasar la mopa. Con frecuencia, la familia interrumpía sus tareas con órdenes de todo tipo: “Celita, ¡alcánzame las zapatillas! Celita, ¡tráeme un peine! Celita, ¡dame mi bolso!” Además de hacer todo para todo el mundo, Celita también cuidaba de Maida, la niña de nueve años de la familia, que rebosaba salud y siempre sonreía. Su madre, su padre y su abuelo la abrazaban y se deshacían constantemente en elogios hacia ella, hablándole únicamente en francés. Una gran foto de su primera comunión en un marco dorado adornaba la pequeña mesa del salón. Maida era católica, tenía juguetes y asistía a una escuela privada muy cara.

Celita era una niña de piel oscura, con un rostro delgado, marcado y endurecido, y aparentemente incapaz de sonreír. Tenía los ojos profundos y apagados. A menudo se le criticaba y amenazaba con la mano. No había fotos suyas en la casa. No iba a la escuela y nunca fue a la iglesia con sus amos. No tenía religión. Entretenía a Maida en lugar de jugar *con* ella y obedecía todas sus órdenes.

Cuando su amo comenzaba a conducir su corche marrón marcha atrás a lo largo del camino de la entrada, tocaba la bocina y Celita corría rápidamente para abrir la pesada puerta de hierro que protegía la casa y a la familia de los intrusos. Tan pronto como Celita acababa otras tareas de limpieza en la casa, se sentaba en un bloque de cemento y empezaba a lavar una gran pila de ropa. Y de nuevo la familia interrumpía constantemente su labor: “¿Dónde estás, Celita? ¡Ven a lavar esta cacerola! Celita, ¡echa agua en el inodoro! Celita, ¡ven a poner la mesa!” Al final de la tarde, el coche marrón volvía y su amo tocaba de nuevo la bocina. Celita corría para abrir la pesada puerta de hierro, que cerraba inmediatamente tras entrar el coche.

Por la noche, la familia se sentaba y relajaba en el porche, disfrutando de la cálida brisa tropical. Entonces, Celita llevaba un cubo de agua al otro lado de la casa, donde estaba atado el perro, y se bañaba, se ponía su enorme vestido y permanecía fuera de la vista de los amos, pero al alcance su voz. Sin embargo, las órdenes no tardaban en llegar hasta que todos se hubieran acostado. “Celita, ¡tráeme un vaso de agua! Celita, ¡tráeme mis zapatillas!” La vida de Celita sólo tenía sentido como esclava doméstica de su familia. Su derecho a tener una niñez acabó en el momento en que franqueó la puerta roja de hierro. La comodidad de sus amos era su infierno.

La práctica institucionalizada en Haití de utilizar a niños como esclavos domésticos vulnera todos los artículos de la Convención sobre los Derechos del Niño, aprobada unánimemente por la Asamblea General de las Naciones Unidas, y ratificada por Haití, en 1989. En la actualidad, Haití se prepara para celebrar en 2004 el segundo centenario de su independencia. Los dirigentes de muchas naciones serán invitados a asistir a la ceremonia, y todos los

haitianos saldrán a la calle para celebrar tal evento. Todos, menos los niños en régimen de esclavitud doméstica.

Muchas gracias por su atención.